

**Reseña de/ Book Review of: Kagan, Richard L., *El embrujo de España. La cultura norteamericana y el mundo hispánico, 1779-1939*, traducción de Pablo Sánchez León, Marcial Pons, Madrid, 2021, ISBN 978-84-17945-38-1, 564 pp.**

La llamada “fiebre española”, fenómeno cultural que recoge el amor por las cosas de España y por España misma, es el tema del que trata este libro.

Su marco temporal, 1779-1939, se abre con la intervención española a favor de los Estados Unidos en su Guerra de Independencia contra Gran Bretaña y se cierra con el fin de la Guerra Civil española, aunque el autor se ciñe con mayor precisión en el cuerpo del texto al período que va desde el fin de la guerra hispano-estadounidense, el “desastre del 98”, hasta los años 30 del siglo XX (incluso se dan razones para justificar que sea el año de 1928 cuando tiene lugar este cierre). Su marco espacial nos sitúa en los Estados Unidos, la nación que recoge el testigo del imperio español, fenecido tras dicho enfrentamiento bélico.

Su autor, Richard L. Kagan, además de un eminente hispanista, nos atrevemos a decir que es también él mismo un hispanófilo, pudiendo incluirle en la galería de personajes a través de cuyas semblanzas nos adentramos en uno de los aspectos menos conocidos de la historia compartida por España y Estados Unidos. No por casualidad, en el epílogo, nos cuenta el origen de su interés por la historia de España, que fue la recomendación de su padre de que estudiara español para poder ampliar el mercado del negocio familiar, una pequeña fábrica de cables de metal al norte de New Jersey. Corría el año de 1961 y en el Columbia College de Nueva York la poca historia de España que se enseñaba se limitaba a la Armada Invencible y la Guerra Civil Española, ambos episodios, así lo reconoce el autor, símbolos del atraso español. Hoy, la Historia de España tiene la suerte de haber avanzado enormemente en Estados Unidos gracias a la labor, entre otros, del propio Kagan, que ha seguido el camino abierto por algunos de los autores que se nos dan a conocer en este valioso trabajo.

La “locura de España”, o “fiebre española, “sufrida” por eminentes figuras de la cultura estadounidense -el título mismo del libro emplea la expresión del “embujo de España”- fue definida por el escultor norteamericano Augustus Saint-Gaudens tras su viaje por España en 1899, en sus *Reminiscences*, aunque había sido advertido previamente por su amigo el pintor Sargent. Saint Gaudens escribió: “Me he vuelto

insaciable en relación con esa fascinante tierra y mi interés en ella no desfallece nunca”<sup>1</sup>.

Dicha locura se extendió por todo Estados Unidos y sus efectos se apreciaron en todos los campos de la cultura. En palabras de Kagan, expresadas en la Introducción, se hizo notar especialmente “en las artes visuales y la arquitectura, pero también la música, el cine y la literatura, junto con la moda y, de forma más limitada, la comida.”<sup>2</sup> Y así, a lo largo de seis capítulos, junto con una conclusión, un epílogo y un post-escrito, se nos van desplegando cada uno de estos aspectos en una prosa nutrida, llena de datos y anécdotas, pero siempre ágil, sin menoscabo de su profundidad. En total, algo más de 500 páginas que nos adentran en una obra interesantísima.

El capítulo primero, “España bravía”, nos presenta algunos de los primeros estudiosos que combatieron la Leyenda Negra contra España por su propio patriotismo, muchos de ellos no profesionales de la historia, pero sí investigadores de los orígenes españoles de su nación, en la búsqueda de la llamada “genealogía de la virtud”. Destacamos a Thomas Buckingham Smith (1810-1871), que “desafió los relatos propios de la propaganda protestante de Bancroft y Sparks sobre el pasado hispánico de la Florida”<sup>3</sup>, cuya inspiración se debió a William Hickling Prescott, el primer historiador norteamericano, al decir de Kagan, “que escribió con rigor sobre España y su imperio”.

El poeta Walt Whitman también tiene un lugar destacado. La carta que escribió especialmente con motivo de la celebración del festival Tertio-Millennial de Nuevo México en 1883 (extraña la cifra del tercio de milenio de la pertenencia del Estado, primero a España y luego a México) consideró claramente a la herencia española de Norteamérica “una parte integral de la historia y la cultura de Estados Unidos”.<sup>4</sup>

Por último, seleccionamos de entre otros historiadores, de los que también se ocupa Kagan, a Charles F. Lummis, cuya admiración por la colonización española le llevó a publicar diversos reportajes de viajes por América del Sur. En ellos encontró lo que él mismo llamó “el sello de España”, a saber, los matrimonios mixtos, en oposición al racismo anglosajón. Su libro más importante, *The Spanish Pioneers*

---

<sup>1</sup> Richard L. Kagan, *El embrujo de España. La cultura norteamericana y el mundo hispánico, 1779-1939*. Traducción de Pablo Sánchez León, Editorial Marcial Pons, Madrid, 2021, pág.18.

<sup>2</sup> *Op. cit.*, Pág.18

<sup>3</sup> *Op. cit.* pág.54.

<sup>4</sup> *Op.cit.* pág.76.

(Los pioneros españoles), de 1893, marcó ya de por vida su dedicación a ofrecer una historia más veraz de la conquista del Oeste americano.

El capítulo segundo, “España soleada”, siguiendo con el “idilio con España” de Lummis, nos lleva a Washington Irving y sus *Cuentos de la Alhambra*.

Nos dice Kagan que Irving fue “el primer autor norteamericano que rompió con la imagen de España de la Ilustración y la iluminó desde una luz romántica”<sup>5</sup>. No obstante, también nos indica que entre los primeros extranjeros que vieron a España bajo esta nueva luz está el escritor inglés Robert Southey, el cual viajó por España y registró la singularidad de sus paisajes y sus habitantes. También el escocés Walter Scott, admirador de *El Quijote*, relacionó a España con “la idea de Romance”, así como lord Byron, cuyo aprecio por España recogerá Irving. Y no hay que olvidar que la visión romántica de la Alhambra también puede encontrarse en Chateaubriand, cuyo libro *Las aventuras del último Abencerraje* alimentaría al norteamericano.

Contrapunto de Irving, aunque su amigo, es Slidell Mackenzie, cuyo libro *Un año en España para un joven americano*, publicado en 1829, también tuvo varias reediciones. Su visión de España era bien diferente, ofreciendo la conflictividad política del país.

Otras críticas a Irving fueron las de Richard Ford, en su *Manual para viajeros en España* (Londres, 1845). Y aún más descarnada es la de Severn Teackle Wallis, quien polemizó con él acerca de esta visión romantizada.

El capítulo tercero, “El hispanismo y la Hispanic Society of America”, nos acerca a algunas de las instituciones culturales más importantes del país en relación con España y su historia. En particular, a la figura de Archer Milton Huntington, fundador en 1904 de la *Hispanic Society of America*, de quien Federico de Onís, filólogo español de la Columbia University, dijo ser “mejor español que nosotros”<sup>6</sup>.

Su idea fue fundar un museo que se dedicara al estudio y la promoción de la cultura española (y en menor proporción de la portuguesa). Único en su momento, el carácter multifacético de sus colecciones recogió obras de arte, literatura, pintura, así como la edición de revistas, un archivo fotográfico y, en definitiva, todo aquella que permitiera cumplir con la idea de tener una muestra representativa de toda la riqueza cultural del hispanismo.

---

<sup>5</sup> *Op. cit.*, pág. 101.

<sup>6</sup> *Op. cit.* pág.163,

El capítulo cuarto, “Los coleccionistas y el coleccionismo”, nos adentra en el mundo de los marchantes de arte en el momento en el que el arte español empezaba a ser demandado por los coleccionistas adinerados en competencia con los museos.

Como señala Kagan, “el creciente cosmopolitismo y el nuevo interés por las culturas y las costumbres de tierras lejanas” modificaron el gusto artístico de los norteamericanos<sup>7</sup>.

Por otra parte, como símbolo de su estatus, las clases adineradas se fijaron en las obras de arte de los grandes maestros europeos que pasaron a formar parte de un mercado en alza. No obstante, la pintura española, salvo el caso de Murillo, tardó en ser reconocida como una gran escuela por estos compradores. Precisamente fue el impulso de los autores que se han tratado en los capítulos anteriores, como el propio Huntington, así como los artistas estadounidenses, quienes, influidos por los pintores franceses, descubrieron a los grandes maestros españoles. Así fue como el mismo pintor que dio pie a la expresión de “fiebre española”, John Singer Sargent, fue cautivado por Velázquez.

En este capítulo, además, aparece un tema muy importante, como es el del concepto del “patrimonio cultural”, surgido por lo que empezó a considerarse un “saqueo” del país. Los pocos recursos de la Iglesia, o las familias aristocráticas que necesitaban liquidez, junto con la codicia de lo que podríamos llamar “nuevos ricos” estadounidenses, cuyo ejemplo paradigmático es William Randolph Hearst, el magnate de la prensa, llevaron al Parlamento español a tener que abordar el control de las exportaciones de tesoros nacionales.

Y así llegamos al capítulo quinto, “Castillos españoles de verdad”, sobre la moda arquitectónica de estilo español que hizo furor, especialmente en los territorios que habían sido españoles, como California o Florida, pero que llegó a extenderse por todo el país.

Tal como nos cuenta Kagan, fue Ralph A. Cram, uno de los más destacados arquitectos estadounidenses, quien, tras su viaje a España en 1920, instituyó este amor por la arquitectura española. A partir de entonces escribió una serie de ensayos que colaboraron a extender sus ideas entre sus colegas y a recoger la bibliografía sobre historia de la arquitectura española, decoración y diseño españoles, además de sobre filosofía española, incluyendo el *Idearium español* de Ángel Ganivet, junto con otras obras de Unamuno y Ortega y Gasset.

---

<sup>7</sup> *Op. cit.* p.203.

Pero Cram no fue el primero. Kagan dedica a la historia de estos comienzos un precioso apartado sobre el Hotel Ponce de León en San Agustín, de Florida. De nuevo, fue la decisión de uno de estos magnates que venimos conociendo detrás de estos proyectos de “hispanización”, Henry B. Flager, quien quiso hacer de San Agustín una ciudad turística que volviera a tener el aire de la “Vieja España”. Y así fue como el joven arquitecto neoyorquino Thomas Hastings construyó el Hotel Ponce de León, que se inauguró en enero de 1888. Otros promotores de Florida seguirían su ejemplo y así fue como se fue estableciendo la conocida arquitectura de “estilo español” hasta el punto de convertir “la casa española” en un “objeto de consumo” para las clases medias estadounidenses.

De la importancia que este capítulo tiene para nuestro querido autor es buena prueba el hecho de que termine con un epílogo que subraya su propio conocimiento personal de dicha arquitectura. Pues el Registro Nacional de Edificios Históricos de Estados Unidos contiene una guía “estado por estado y ciudad por ciudad”, que dista mucho, nos dice Kagan, de ser completo: no aparecen “la magnífica casa de estuco rosado y teja rojiza de estilo español construida en 1925 y que solía yo contemplar en mis salidas a correr por Stratford Road en el barrio de Guilford en Baltimore, como tampoco el complejo de apartamentos cercano situado en el 230 de Stoney Run Lane donde yo vivía”<sup>8</sup>.

Y como no podía ser menos, el capítulo final está dedicado a la música, el cine y la literatura: “La llamarada española”.

Siguiendo su eficaz estilo narrativo, Kagan nos lleva de la anécdota a la categoría, de modo que a través del estreno del musical *The Land of Joy* (La tierra de la alegría) a comienzos de noviembre de 1917, en el *Park Theatre* de Nueva York, nos sumerge en el ambiente y los personajes aquejados de la misma fiebre de la que estamos tratando, llamada por Van Vechten, escritor y crítico de música, la “llamarada española”. Y es que la bailaora española protagonista de aquel musical, La Argentina, levantó a los neoyorquinos al grito de “olé” ante el asombro de la crítica. Después vino Raquel Meller, con sus bailes de estilo gitano, y la llamarada española alcanzó su cénit, llegando a ser portada de la revista *Time*, vestida con tocado y mantilla.

Y de la música popular, pasamos a la académica, con Albéniz, Granados y Manuel de Falla. El mismo crítico sorprendido por el éxito de la bailaora La Argentina, Van Vechten, escribió en 1918 el libro *Música de España*, el primero escrito sobre

---

<sup>8</sup> *Op. cit.* pág.344.

el tema por un estadounidense. Como ya hemos visto, los personajes de los diferentes capítulos están entrelazados. Porque aquí vuelve a aparecer Lummis, con su recopilación de las canciones populares del sur de Estados Unidos, haciendo transcripciones de las canciones gracias a la población de habla hispana del sur de California y de los pueblos indígenas nativos. Canciones de temática española llegaron a las listas de grandes ventas, siendo el mayor éxito la canción “Ramona”, concebida para la película basada en la novela de 1884 de Helen Hunt Jackson. Hasta cuatro versiones de esta película se llegaron a grabar, siendo el comienzo del fin de la “llamarada española” hacia el final de los años 20, con la Gran Depresión. Pero el furor con España continuó de algún modo, porque fue seguido por el interés por México, facilitando la política de “buena vecindad”.

El final del capítulo está dedicado a las sobresalientes figuras de la literatura estadounidense enamoradas de España. Cada uno de ellos tiene su apartado, y con ellos hay que reconocer que se amplía el marco temporal de esta fiebre que en el título del libro nos daba como fecha de término 1939: William Dean Howells (1838-1920), llamado el “decano de las letras norteamericanas”, cuyas críticas a Estados Unidos por su guerra contra España nos resultan sorprendentes; Gertrude Stein (1874-1946), de la que nos quedamos con un comentario que escribe en una carta al crítico musical Van Vechten. Un fragmento tan significativo que Kagan acierta a destacarlo en una nota al pie: le hablaba de “la venganza pacífica de España por la guerra de 1898. Cómo la ropa, la música, la pintura y todo en yankilandia, como ellos denominan poéticamente a Estados Unidos, está dominado por España”<sup>9</sup>. John Dos Passos (1896-1970), que se llegó a definir como “borracho de España”, a la que consideró el país del que Estados Unidos tenía que aprender. Kagan analiza la evolución de sus ensayos, desde su optimismo inicial, al trágico y abrupto final de su “locura de España” con la victoria de Franco en la Guerra Civil. Waldo Frank (1889-1967), otra figura paralela a Dos Passos, tuvo un idilio con España que acabó en decepción, pero sus consideraciones acerca del pasado nacional estadounidense bien merecen ser recordadas en la línea de Walt Withman. Precisamente el siguiente y último de los escritores, su amigo Ernest Hemingway (1899-1961), criticó su amor libresco, por no estar en contacto con la gente, como él se jactaba de hacer. Y con él terminamos esta galería de enamorados de nuestro país. Como nos indica Kagan, el único terreno en el que Hemingway superaba a Frank era en la tauromaquia. Y ya que su figura es tan conocida, Kagan aprovecha para recorrer en él muchos de los paralelismos que encuentra entre él y el resto de personajes estudiados en este libro.

---

<sup>9</sup> *Op. cit.*, nota al pie nº62. Pág.486.

Sus lecturas, sus viajes, su posicionamiento político respecto a la Guerra Civil...con este episodio se termina esta locura por España.

Insistimos en que el propio Kagan es un historiador él mismo digno de encontrarse en esta lista de enamorados y así lo demuestra su Conclusión, “El estilo de ida y vuelta”. De nuevo, un personaje es el protagonista gracias al que se nos dan a conocer las instituciones y los acontecimientos históricos. Hablamos de Benigno Vega Inclán y Flaquer, marqués de Vega Inclán (1858-1942) y amigo íntimo de Alfonso XIII, quien tuvo la idea de “hacer que España, o al menos el sur de España, se parezca a California”, o sea, “el estilo de ida y vuelta”, tal y como el periodista Antonio Méndez Casal lo definió. Con la institución que fundó en 1911, Comisaría Regia de Turismo en España, tenemos la respuesta a ese “amor por España” de los estadounidenses, en los propios españoles.

Así concluye Kagan en su Epílogo y su post-scripto, pieza esta última que actualiza, a causa de la pandemia del covid-19, la firma del libro en 2020, terminado en 2017: con la esperanza de que las relaciones de admiración y respeto entre ambos países puedan dar lugar a la continuación del “embrujo” aquí estudiado.

Atilana GUERRERO SÁNCHEZ

Universidad de Extremadura  
ORCID 0000-0002-2089-2267